

LOS ORÍGENES DEL JUEGO LIBRE

ÉVA KÁLLÓ / GYÖRGYI BALOG

LOS ORÍGENES DEL JUEGO LIBRE

ÉVA KÁLLÓ / GÖRGYI BALOG

Fotografías de MARIAN REISMANN

Edición a cargo de UTE STRUB y ANKE ZINSER

Traducción de la versión inglesa: SUSANA MARTÍNEZ

Revisión TERESA GODALL CASTELL

Magyarországi Pikler-Lóczy Társaság Budapest, 2013

Agradecemos a todos los que ayudado
en la edición de este libro, especialmente,
a ANNA TARDOS, a Dra. JUDIT FALK,
a BIRGIT KROHMER, a HELMUT BROKER,
a ILDIKO LAKMER y a PETER LUDWIG.

© Copyright Magyarországi Pikler-Lóczy Társaság
Todos los derechos reservados incluso el de traducción
Publicado en Hungría Magyarországi Pikler-Lóczy

Fotografía de la portada: *János*, 6 1/2 meses.

Sumario

Prefacio (Anke Zinser)	7
Introducción (Éva Kálló)	14
Maneras típicas de manipulación y juguetes apropiados durante el primer año (Éva Kálló)	16
Coleccionando (Éva Kálló)	37
Observación del juego de un niño (Iréen Csatári)	44
Iniciando la construcción. Objetos apropiados para el juego (Györgyi Balog)	46
Notas de las Editoras	58

“Es crucial que el niño descubra por sí mismo tanto como sea posible. Si le ayudamos a finalizar cada tarea, le estamos privando del más importante aspecto de su desarrollo. Un niño que consigue las cosas a través de la experimentación independiente adquiere un tipo de conocimiento completamente diferente de aquel niño al que se le ofrecen soluciones ya hechas”¹

Emmi Pikler

¹ Del libro: *Friedliche Babys - zufriedene Mütter*
(Niños tranquilos - Madres felices)

PREFACIO

El encuentro con Emmi Pikler en 1983, durante su estancia en Berlín, fue una experiencia que cambió mi actitud hacia los niños para siempre. En aquel momento, ella visitaba el grupo de bebés del centro² que yo dirigía. Estábamos muy nerviosas por ver qué pensaría de nuestro trabajo como maestras, y, por extensión, de mi propio trabajo.

Su visita llegó en una época en la que los preceptos pedagógicos convencionales estaban sufriendo una revisión en todos los aspectos. Nuestras maestras se sentían presionadas para diseñar programas de desarrollo y establecer pautas en la enseñanza de bebés y niños. Se suponía que las actividades, pensadas por los adultos, los animaban a jugar y aprender higiene personal, y las comidas “se tenían que dar” tan rápidamente como fuera posible para hacer sitio a aquello que, se suponía, era lo más esencial: el juego entre maestras y niños. Convencidas, pensábamos que nuestra función era demostrar a los niños cómo deberían jugar, “animarlos” y supervisarlos uno a uno. A través de nuestros conocimientos y actividades adquirirían comprensión y aprenderían a orientarse por sí mismos en el mundo.

En este contexto, el encuentro con Emmi Pikler estaba destinado a crearnos una gran confusión y a hacernos cuestionar todo aquello que considerábamos correcto y que habíamos puesto en práctica hasta ese momento.

La necesidad infantil de jugar nace de una necesidad fundamental. Teniendo en cuenta cada etapa del desarrollo, la vida de un niño consiste básicamente en jugar. De aquí, que la mayor parte de la literatura pedagógica tradicionalmente se ha referido al juego. Sin embargo, conocemos muy pocos estudios observacionales realizados específicamente con recién nacidos y bebés que empiezan a andar. En consecuencia, agradecemos este documento del instituto Emmi Pikler de Budapest (conocido como *Lóczy*). En él, Éva Kálló y Györgyi Balog describen modos muy sencillos pero fundamentales del juego

² Day care center: Escuela Infantil 0-3 años

libre, desde el descubrimiento inicial de las manos del bebé, a su manipulación; y de la experimentación con objetos a la construcción con estos objetos.

La fotógrafa Marian Reismann, a través de su trabajo con Emmi Pikler a lo largo de cuatro décadas, proporcionó la documentación fotográfica. Sus imágenes, junto con las narraciones detalladas, ponen en evidencia el comportamiento libre del bebé cuando dejamos de incitarlo. Solo a través de la observación atenta, mucho antes de que empiece a colocar una pieza sobre otra, es como nos hacemos sensibles a todo lo que le está ocurriendo en su propia vida. Es así como adquirimos una mejor comprensión del juego infantil y adaptamos, a partir de entonces, nuestras actitudes a él. Exactamente, ¿cuándo empieza un bebé a jugar?, ¿cómo son los primeros intentos?, ¿qué puede aprender a través de la confrontación autónoma con los objetos de manera que el adulto no lo confunda con sugerencias, sino que realmente le deje a su aire con sus propios recursos?

Como se indica, las observaciones recogidas aquí fueron hechas en una institución, pero los principios de Emmi Pikler obviamente se aplican también con bebés y niños dentro del entorno familiar. ¿Cuál debiera ser nuestro rol como padres y/o educadores? ¿Cómo podemos contribuir al desarrollo satisfactorio del juego infantil si no es nuestra función jugar con los niños? Este documento nos muestra un estudio sobre dónde reside nuestra responsabilidad y como, sin interferir, podemos crear, con cuidado y sin intrusión, las condiciones para un desarrollo libre y sereno. Condiciones que permitan al niño descubrir y relacionarse con el mundo de forma autónoma y segura.

Estamos familiarizados con las quejas de maestros y padres de que los niños son completamente incapaces de jugar solos. Pero parece insólito pensar que la conducta del adulto podría ser la causa de tal pasividad y falta de iniciativa. Un niño obtendrá mucho más del descubrimiento por sí mismo del encaje entre un bol pequeño y uno mayor, que si le indicamos inestructivamente que “un bol grande no entrará en uno pequeño”. Tampoco obviemos el hecho de que poner un objeto de juego en la mano del niño es equivalente a sugerirle que juegue. Cuanto más complicado sea el juguete más dependiente de nosotros hacemos al niño. Este estudio también aborda ese punto: cómo

al manipular los objetos más simples, algunos de los cuales no consideraríamos juguetes en el sentido convencional, puede ayudar al niño a comprender fenómenos importantes sobre el mundo, en completa libertad y sin la mínima intervención por nuestra parte. Cuando nos ocupamos de niños no debemos confiar ciegamente en las convicciones establecidas, y eso permite prestar atención a cualquier detalle por insignificante que nos parezca. Esto es quizá lo que Emmi Pikler intentó decirnos.

Berlín, Enero 1996.

Anke Zinser



Denes 4 ½ meses.

Emmi Pikler sugiere que el primer objeto de juego que se le dé al bebé sea una tela de algodón suave y colorido. “Puede ignorarla durante semanas, pero, por lo general la nota rápidamente, la estruja, la retuerce de esta o esa manera, la pone en su boca. A menudo, el niño la pone sobre sus ojos y entonces se sorprende cuando de repente se encuentra a sí mismo en la oscuridad.



7

Pero entonces, moviendo los brazos, al principio por casualidad, él solo retira la tela. Encantado se echa a reír. Repite la acción una y otra vez, juega con ella, experimenta con ella. Este juego inspiró al adulto a enseñar al niño el “cu-cú”. Pero *¡cuánto más grande es el placer cuando el niño descubre el juego solo!* (Pikler, en “Niños tranquilos, madres felices”).

INTRODUCCIÓN

Los niños tienen una profunda necesidad de jugar. El interés del niño en observar su entorno es incansable. Siente placer en tocar, sentir, estrujar, coger y dejar caer objetos. La lista de todo lo que hace con ellos podría continuar infinitamente.

Cuando un niño juega con distintos juguetes simultáneamente, no parece cansarse nunca de ver como una cosa encaja en otra; que distintos boles, uno dentro del otro, hacen una torre o que hay, entre varios objetos, dos ó más que son idénticos. De vez en cuando aborda mayores retos. Una y otra vez arroja un objeto redondo al suelo para ver cómo rueda hasta que justo se para. Pacientemente recoge los cubos que ha volcado del cesto, reconstruye una torre que ha echado abajo, e intenta colocar los cubos sobre la baranda que limita el área de juego.

Un niño emocionalmente bien ajustado tiene infinitas ideas, mientras que el interés de un niño con dificultades está constreñido, como si su deseo de experimentar, descubrir y aprender se hubiera abatido. A menudo, se puede identificar a un niño infeliz por la superficialidad de su juego.

La espontaneidad natural de un niño que crece en una institución es más vulnerable que la de aquel que vive en una familia, por eso a la educadora no le es fácil conseguir la espontaneidad que requiere una relación de confianza profunda. Cuando ésta se da, el niño se siente “recargado” y suficientemente seguro como para desear jugar solo. En una institución, el instinto de actividad de un niño es también más vulnerable porque no se le puede proteger contra la pérdida de la cuidadora o el compañero de juego, o de lo que supone la reagrupación de niños.

Estos cambios afectan a su estado emocional y, por lo tanto, a su comportamiento en el juego. Después están los problemas de la cotidianidad dentro del grupo, sea porque otros molestan su juego, o porque, a pesar de la rutina arraigada de comidas y en el baño, puede que no siempre pueda utilizar el tiempo que dispone para jugar como desea mientras llega su turno. Por

estas y otras muchas razones, movilidad libre y juego independiente son especialmente importantes para el desarrollo saludable de la personalidad del niño que vive en la organización de una institución.

Una educadora entre niños que son incapaces de jugar se encuentra muy incómoda. Por mucho que lo intente, puede que no consiga satisfacer las constantes e insólitas demandas de los niños. A menudo, no reconoce el origen real de lo que provoca su malestar. Sin darse cuenta plenamente de esto, organiza y dirige el juego del niño aburrido, intentando, de esta manera, que el niño sea activo. Pero tales intentos están condenados al fracaso desde el principio. Más que reafirmar la iniciativa e independencia del niño, le engendran expectativas de que el adulto le puede llegar a prestar toda su atención.

La incapacidad de jugar de manera independiente incrementa inevitablemente el sentido de dependencia del niño respecto del adulto. De la misma manera, la actividad independiente le permite experimentar autonomía. Decide con qué quiere jugar y depende de él continuar experimentando o abandonar la investigación para escoger otra cosa.

Cuando se le permite experimentar con un objeto e intentar todas las acciones diferentes que puede hacer con él, el niño descubre sus propiedades. Encuentra que el mundo tiene sentido y también se da cuenta de que es capaz de entenderlo. En todos los niveles de su desarrollo, su propia acción le ayuda a aprender a hacer cosas que le dan, de alguna manera, un sentimiento de éxito. Esto le abre virtualmente posibilidades ilimitadas de experimentar, a través de la actividad, algo parecido a la competencia. El niño que vive estas experiencias gana confianza en sí mismo y puede manejarse de forma diferente en situaciones problemáticas que en ocasiones surgen en las instituciones. Por esto, depende claramente del adulto el hecho de que el interés inherente del niño por el mundo que le rodea se mantenga de forma exitosa; y es también el adulto el que debe continuamente crear los requisitos y condiciones en los que un juego libre, independiente, pueda prosperar.

MANERAS TÍPICAS DE MANIPULACIÓN Y JUGUETES APROPIADOS DURANTE EL PRIMER AÑO

¿Cuándo tenemos que dar a un niño su primer juguete?

En Lóczy, los niños generalmente juegan al principio en una zona protegida, sobre el suelo de madera, llamada "área de juego"^[3]. Cuando son mayores, juegan por toda la habitación.

Es un momento emocionante cuando el niño descubre por primera vez su mano y más tarde, absorto, dedica su tiempo a observarla. Al principio, la ve casi por casualidad y, por un tiempo, tiende a perderla de vista con mucha facilidad. Pronto puede mantenerla a la vista durante períodos más largos, siguiendo sus movimientos con cabeza y ojos. Cada vez más, la experiencia del movimiento y la experiencia de mirar se van uniendo. Gradualmente, aprende a coordinar los movimientos de brazos, manos y dedos mientras los vigila visualmente.

Un bebé, cuando está entretenido con sus manos, las mueve de una manera similar a como las moverá más tarde, una vez haya comenzado a manipular objetos. De la misma manera, hará con el puño, cuando lo empiece a observar, mientras flexiona o extiende su brazo. Asimismo, después de un tiempo, escrudinará objetos aproximándolos hasta verlos, y luego alejarlos de sus ojos. Abriendo y cerrando la mano en un puño se prepara para asir, sujetar y soltar objetos y, curiosamente cuando por primera vez una mano toque la otra y las descubra, con el tiempo, tocará y sentirá un objeto, sujetado en una mano, con la otra. Así, tanto la observación de sus manos, como el juego entre ellas, preceden y le preparan para la manipulación.

En consecuencia, esperamos a dar un objeto de juego a un niño hasta que empieza a regularmente observar y jugar con sus manos o muestre interés en lo que le rodea. Mira alrededor, mira a su educadora cuando pasa cerca de



Denes M. 1 ½ meses

8

la cuna, observa los barrotes de la cuna, los agarra, los toca varias veces, coge el lazo de su vestido y lo sujeta delante de sus ojos. Puede hacer esto alrededor de los tres meses o después.

Colgar un juguete de la baranda de la cuna, a modo de sonajero, le impide descubrir sus manos y le distrae continuamente de ellas. Más aún, un niño no saca provecho de aquello que sólo puede mirar. En esa posición, como mucho, podrá hacer contacto con el objeto a través de la mano, coincidiendo con un movimiento al azar. Más tarde, cualquier juguete atado a los barrotes de la cuna, tampoco le animará a jugar con él o a hacer un uso particular de sus manos, en la medida que no pueda cogerlo, moverlo, volcarlo, dejarlo colgar, acercárselo o alejárselo. Sólo puede golpearlo y tirar de él.

Los móviles, que son tan frecuentes, requieren una mención especial. Hablamos de esas figuras coloridas y brillantes que cuelgan del techo — mariposas o peces, por ejemplo — y que giran, bajan y suben, mostrando conti-

nuamente caras diferentes, activadas sólo por el movimiento del aire. Cuando el niño percibe estas figuras, se excita muchísimo. Está hechizado por el cambio constante de formas y apenas puede sustraerse de ellas. Difícilmente lo vemos tan excitado cuando juega, o cuando repentinamente, por ejemplo, se da cuenta de un nuevo objeto en su entorno. Una vez descubierto, normalmente, intenta cogerlo y, si tiene éxito, se relaja visiblemente e investiga, con avidez, las distintas propiedades de ese nuevo juguete. El móvil, en cambio, está fuera de su alcance y no puede nunca tocarlo. Su movimiento es independiente de los que hace el niño y, por lo tanto, al no poder observar el efecto de sus propios movimientos sobre el móvil, es incapaz de asimilarlo en su nuevo mundo de experiencias y tampoco puede familiarizarse con él de manera parecida a como le sucede con el resto de objetos de la habitación que también están fuera de su alcance, como la moldura del techo, las cortinas o las fotografías. El bebé también se da cuenta de estos objetos, y los mira a menudo, como si quisiera tocarlos con la mirada. Pero como permanecen igual durante largos períodos de tiempo, se funden en la comodidad de su entorno. El móvil, a pesar del constante cambio y el movimiento, también podría convertirse en una parte del paisaje familiar, pero hasta que esto ocurra, atrae la atención del niño repetidas veces y lo mantiene en un estado de estimulación elevado, sin permitirle adquirir ninguna experiencia real con él.

A la edad de tres a cuatro meses, los objetos de juego colocados cerca del niño empiezan a llamar su atención. Los mira con curiosidad, alcanza uno y lo toca. Al principio, sus movimientos son inciertos y no puede calcular distancias; entonces, sólo tantea cerca del objeto elegido. Puede incluso ocurrir que, en su afán, golpee o empuje el objeto que intenta alcanzar porque la mano estirada no se adapta para nada a la forma del objeto. Generalmente, intenta coger cada objeto con un mismo movimiento de mano. Si encuentra un objeto cercano que pueda coger de ese modo, cada vez lo cogerá mejor.

Alrededor de los cinco meses, la mayoría de los niños pueden obtener el juguete que desean, cogiéndolo deliberadamente. Lo manipulan de maneras distintas, repitiendo acciones como colocarlo de otro modo, estrujarlo, girarlo y más tarde lo agitan y lo sostienen en suspensión. Tiran del objeto con una mano y la otra lo sujeta, o lo van pasando de lado a lado, de una mano a

otra. Lo estudian, intermitentemente, mientras lo tienen en una mano y luego cuando lo tienen en la otra.

El primer objeto de juego que damos a un niño a la edad de tres a seis meses es una tela de algodón (de 35x35 cm. de tamaño) de un color vivo, que atraiga su atención. La mira largamente, la toca, se hace con ella. Mientras la sujeta y la siente, no se le cae inmediatamente de la mano, así que no necesita recogerlo. De esta manera, se mantiene ocupado con él más tiempo que con ningún otro objeto. Si sujeta el pañuelo sobre su cara para observarlo, se le puede caer encima. Como casi no pesa, no le hará daño y, aunque a veces le puede llevar varios minutos quitárselo de la cara, lo llega a hacer muy fácilmente. Los otros juguetes que damos al niño a esta edad son objetos que puede sujetar total o parcialmente con una sola mano, quizá una pelota de mimbre, o una muñeca o animal hecho de tela o goma. Si vemos que el niño puede coger estos objetos fácilmente, colocamos cerca de él un objeto más plano hecho de tela o madera que no sea tan fácil de agarrar. Alrededor de los seis meses, le podemos dar juguetes que pesan un poco más.

Podríamos pensar que los juguetes convencionales que damos a los niños durante el primer año, como los tradicionales animalitos de goma que hacen ruido al apretarlos o los sonajeros, cumplen nuestros criterios como juguetes apropiados, pero tienen inconvenientes.

Cuando un niño coge y aprieta su juguete, percibe sus propiedades táctiles. Por ejemplo, que un objeto en concreto o una parte de él es más fácil de apretar. Como el niño también observa su propio efecto sobre los objetos, gradualmente reconoce si un objeto particular es duro o blando sólo con mirarlo.

Sin embargo, en un animalito de goma que silba al apretarlo, no hay nada en su forma o en el material, es decir, en sus propiedades visuales y táctiles, que sugieran que hay un silbato imperceptible incorporado. Su agudo sonido puede asustar al niño si lo aprieta o se tumba sobre él. Por eso, le quitamos el silbato. Si el niño juega con un sonajero convencional, que también contiene elementos productores de sonido incorporados, no puede ver qué produce ese sonido. Desde los cinco o seis meses, lo agita y mantiene sostenido como hace con otros juguetes y observa los efectos de sus movimientos. Sin embargo, si se lleva el sonajero a su boca, o lo pasa de una mano a otra,

o lo toca con su mano libre o lo golpea contra algo e inesperadamente hace ruido, no puede saber cuál de sus movimientos produce sonido y cuál no.

Por el contrario, unas anillas de madera atadas por una esfera, formando un sonajero, se pueden agitar juntas desde la esfera percibiendo a la vez su movimiento y el sonido que emiten. En consecuencia, preferimos éstas a los sonajeros tradicionales. Tampoco les damos cilindros tintineantes, objetos cúbicos sonoros o juguetes similares.

Alrededor de la mitad del primer año, un niño descubre que puede hacer ruido golpeando. Le gusta especialmente golpear varios objetos sobre el suelo, un objeto contra otro o contra los barrotes de la zona de juego. Lo que no es tan claro, en este punto, es si ya sabe que es él mismo el que causa el ruido al dejar colgando o al agitar la cuerda de las esferas o el sonajero. Durante la segunda mitad del primer año de vida, por la expresión de su conducta se puede afirmar que sí ha descubierto esta conexión. Mira el sonajero, lo agita, para, y escucha atentamente el silencio. Mira otra vez el sonajero, lo agita de nuevo y, así, disfruta del ruido entre risas y sonrisas.

Más tarde, cuando el niño sujeta un objeto en cada mano, mira cada uno mientras los junta y comienza a percibir las diferencias. Pronto descubre que puede hacer ruido golpeándolos juntos, uno contra otro.

Así, durante el primer semestre de vida, tenemos cuidado de dar al niño juguetes de varios materiales para que al manipularlos acumule, continuamente, diferentes impresiones y experiencias, dependiendo de si están hechos de tela, madera o plástico. Una vez que haya descubierto como producir sonidos con ellos, sus objetos de juego debieran continuar siendo de diferentes materiales. Un bol pequeño de metal produce un sonido diferente del de una anilla de madera cuando se golpean una y otra vez contra el suelo. Aún más, el sonido es diferente dependiendo de si golpea las cosas sobre el suelo o si lo hace, pongamos por caso, contra un cesto. Esta es una manera de descubrir cómo debe sujetar distintos objetos para producir el mejor sonido.

Si se observa al bebé de una manera muy cercana, notamos su interés espontáneo por nuevos objetos introducidos en el área de juego. Sin embargo, le sigue gustando jugar con un mismo objeto durante un período largo de tiempo, incluso algunas veces, durante meses. Al jugar repetidamente con los mismos objetos, gradualmente, va descubriéndoles -más y más- nuevas propie-

dades. En la medida que mira un juguete de muy de cerca, luego de más lejos, desde arriba, de lado o de frente, gradualmente aprende que cada objeto es el mismo, tanto si solo ve una parte o lo ve desde distintos ángulos o distancias. Constantemente, manipula un objeto concreto y lo hace de diferentes maneras, en un esfuerzo por descubrir todas las variadas cosas que puede hacer con él. Haciendo esto, maneja y trata el objeto cada vez con más destreza, aprende a tomarlo y a recogerlo con un mínimo consumo de esfuerzo.

Su aproximación a un nuevo objeto significa aplicar las habilidades que ha adquirido hasta ahora. Si encuentra que el nuevo objeto se comporta de manera diferente a lo que le es familiar, entonces siente el impulso de probar un enfoque diferente en la investigación de ese juguete y, al mismo tiempo, esto le permite conocer las nuevas posibilidades que el objeto le pueda ofrecer.



Piroska, 5 meses



Krisztina, 7 meses.

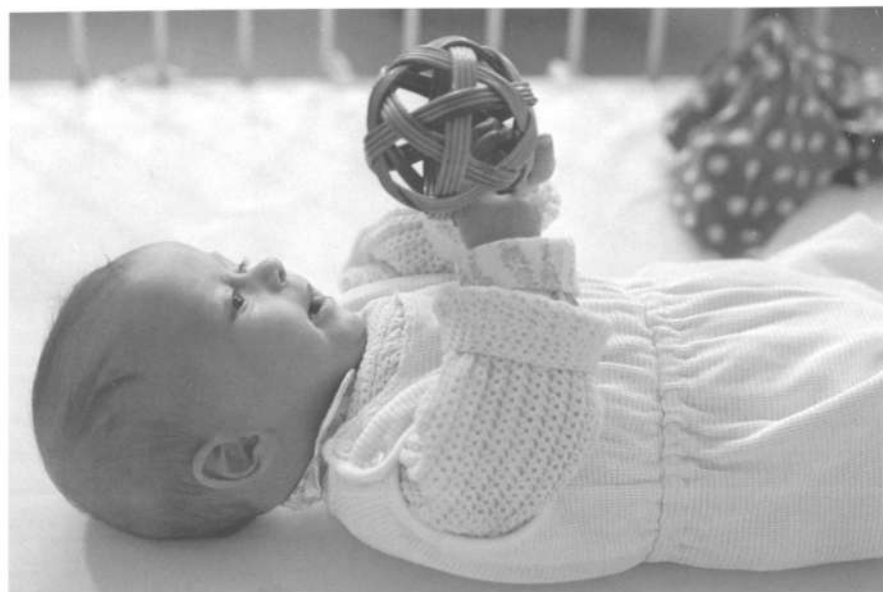
Durante el segundo semestre de vida, el niño aprende a coger los objetos de distintas formas, con mayor tranquilidad y habilidad. A menudo, lo observamos estirarse para alcanzar el juguete, ajustando su mano y sus dedos, incluso antes de tocarlo, para cogerlo de manera eficaz. Recoge de manera distinta el cubo que el sonajero, sujetando el primero con los dedos y el segundo por el eje central de la palma de la mano.

El niño que repetidamente coge objetos y luego los deja caer está interesado en ver cómo estos objetos caen y qué sonidos puede crear con ellos. También en aprender cómo los objetos de diferentes pesos, formas y superficies pueden ser cogidos mejor utilizando distintas estrategias. Más tarde, le gustará lanzar un objeto lejos de él y gatear para recuperarlo. O colocar pequeños juguetes fuera del área de juego para luego irlos a recoger.

Para ganar experiencia con “dejar caer y recoger” o “perder y encontrar” un niño necesita recuperar sus juguetes viejos tanto como los nuevos, entre ellos, un balón y un bolo. De todas formas, sólo debiéramos darle el balón, si ya es capaz de gatear o arrastrarse para recuperarlo.

Cuando manipula de esta manera estos objetos, nos damos cuenta de cómo la acción de su dedo cada vez se hace más refinada. Toca objetos con los dedos, los siente, y acaricia, encuentra rasguños o bultos (todos los matices que añaden interés a la superficie), los araña, mete un dedo en las hendiduras o agujeros y aprovecha cada oportunidad para usar sus dedos. Usa pulgar e índice para recoger migas del suelo, tirar del hilo de una zapatilla u otro objeto y se queda largo tiempo mirándolo. Un niño necesita juguetes de distintas superficies para comprobar continuamente estos tipos de manipulación (en el área de juego no debieran ser puestos objetos pequeños que los niños podrían tragar).

Una vez que el niño ha aprendido a recolectar de una vez varios objetos de juego empieza a experimentar, deseando descubrir qué puede hacer con ellos sin cogerlos. Los empuja, golpea sobre ellos, los pone en el lugar original de nuevo. Haciendo esto hace nuevos aprendizajes: los objetos alargados, delgados se vuelcan más fácilmente que los más robustos. O quizás ve que la rueda del vagón, que ha golpeado, continúa rodando aunque ya no la toque. Todo esto es muy emocionante para él, y sigue probando, intentando reproducir lo que va consiguiendo. Por eso, le proveemos de boles,



Jozsef, 6 meses

11

tazas, cestos, botes y cubos, unos más pequeños, otros más grandes, algunos estables, otros delicados, unos más altos y otros bajos. En este momento al niño le gusta coger objetos grandes, que le daremos sólo si no perjudica a otro niño del área de juego mientras lo maneja.

Durante el último cuarto de su primer año, irá pasando más y más tiempo manipulando dos objetos pequeños. Como mencionamos, inicialmente, el bebé coge un juguete en cada mano y lo toca, o repetidamente los golpea uno con el otro. Cuando hace esto le gusta elegir dos juguetes idénticos, por ejemplo, dos cubos o dos balones preferiblemente pequeños.

Otro paso significativo es cuando el niño coloca o deja caer una figura más pequeña dentro de un objeto mayor y hueco, lo saca y luego la vuelve a poner de nuevo. Más tarde, pero todavía durante el último cuarto de su primer año, empieza a manejar varios objetos a la vez. Pone más y más objetos en el mismo bol o cubo, los va sacando de uno a uno o los vuelca todos de golpe, y después se pone a buscar otros que pueda agrupar. El resultado de estas investigaciones es que gana habilidad al calcular qué objetos puede



Kriztina, 6 meses

12

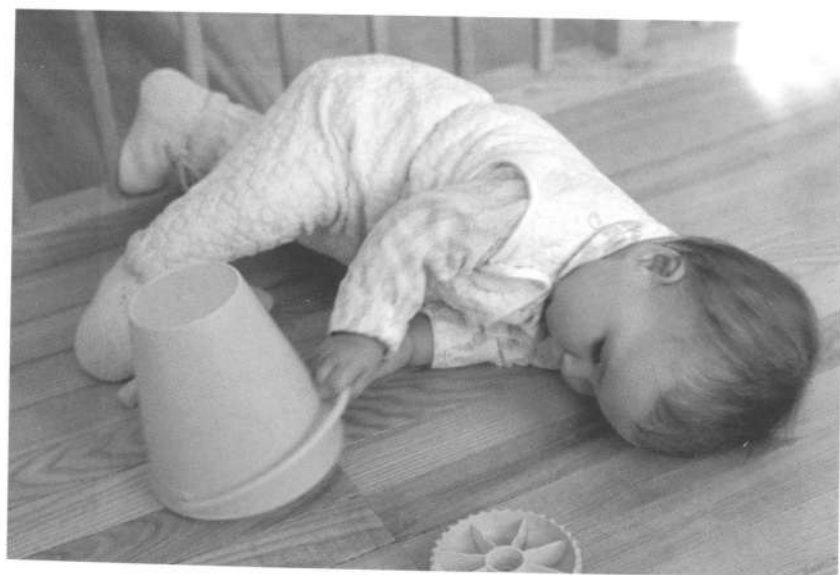
encajar en otro. De momento, sabe que una pelota bastante pequeña entra en un cubo pequeño, o una más grande en un bol grande.

Ya hemos mencionado varias cosas que inspiran al niño a sujetar dos o más objetos a la vez. Los objetos pequeños se prestan al juego de “dejarlo caer” tanto como ser colocados dentro de otro objeto. Los distintos cubos, cestos y boles, que puede levantar, mover y empujar, son recipientes ideales para coleccionar o agrupar otros objetos de juego más pequeños. Seleccionando estos contenedores estamos ya anticipando el comportamiento que se manifestará en los modos de manipulación del niño a la edad de un año. Por eso, es importante rodear al niño con juguetes que le permitan “recolectar” actividades tanto como explorar los momentos iniciales del “construir”.



Emilia, 10 meses

13



14

¿Cuántos juguetes le damos al niño y cómo se los damos?

De tres a seis meses, cuando el niño juega todavía tumbado sobre su espalda, los tres o cuatro objetos de juego que le damos deben ser accesibles desde esa posición colocados lo suficientemente cerca para que pueda alcanzarlos, pero no tan cerca que se los encuentre justo al mover los brazos y no tenga que desplegarlos para alcanzarlos. Dado que las acciones de su mano incierta y a tientas, al principio a veces, alejan el juguete, el adulto deberá reponerlo de vez en cuando.

La educadora también necesita conocer con qué juega cada niño más frecuentemente. ¿Qué pieza de tela o de madera llama especialmente su atención durante días o semanas? Ella continuará colocando estos objetos cerca de él hasta que note que los abandona por otros. Del mismo modo, si uno de los niños hace la acción de poner algo en una cesta, ella debería comprobar que hay otros posibles contenedores disponibles alrededor de él. Si lo ve con un mismo objeto explorando acciones de investigación repetitivas y ella cree que otro objeto podría ser más apropiado, lo colocará cerca de él. Si uno de los niños comienza a golpear un objeto contra el suelo, ella le aproximará uno que haga un buen sonido al golpear.

Hasta que los bebés son capaces de voltearse y cambiar de posición es especialmente importante prestar mucha atención a nuevas formas de manipulación para poder surtirlos con el juguete adecuado.

Como se ha mencionado, los juguetes atados a los barrotes no hacen nada que ayude a promover las facultades manuales del niño. Si lo puede alcanzar, puede golpear o tirar de él, pero no puede cogerlo, sujetarlo y estudiarlo desde todos los ángulos.

Alrededor de los seis meses, un niño ya está inmerso en una exploración bastante más compleja y, por eso, necesita nuevos juguetes junto con sus primeros y más familiares. Si en el espacio de juego los niños están tumbados a una buena distancia entre ellos, les damos a cada uno, seis u ocho objetos.³

En áreas de juego más pequeñas, no se necesitarían tantos juguetes porque cuando los niños sean capaces de girarse boca abajo o estirarse, pueden llegar fácilmente a los juguetes de otros. De la misma manera, incluso a la edad de seis meses a un año, cuando el juego es más variado, los niños no ne-

³ Si en la zona de juego solo están una o dos niños, el número de juguetes tendría que ser más alto para proporcionar una variedad suficiente.

cesitan muchos más juguetes que antes. A esa edad, normalmente pueden alcanzar el objeto que desean con facilidad, ya sea rodando, arrastrándose o gateando, incluso si está claramente al otro lado de la sala.



Krisztina, 10 ½ meses

15

En esta edad, ya no es necesario poner objetos justo al lado del niño o distribuirlos equitativamente alrededor del área de juego. En realidad, estos preparativos pueden incluso molestar al niño porque puede tropezarse con algo a medida que se mueve. En lugar de esto, ponemos los objetos en distintas esquinas de la sala o a lo largo de una pared vacía. Es útil poner sus juguetes favoritos, con los que juega siempre, en el mismo lugar o colocarlos en cestas y boles.

Por supuesto, este orden no dura mucho, los niños cuando juegan traen y llevan cosas de un lugar a otro, y las dejan esparcidas. De nueve meses a un año, el juego requiere muchos más objetos de tamaño pequeño. El suelo se acaba llenando de pared a pared de objetos esparcidos. Nuestra experiencia es que no pueden jugar bien cuando está todo patas arriba. La educadora evita el caos retirando ocasionalmente juguetes abandonados y agrupando objetos más pequeños junto o dentro de cestas y boles que son adecuados para poder “sacar y meter”. A menudo se observa, casi inmediatamente, que los niños aprovechan esta oportunidad. Reconociendo con qué están interesados en jugar, puede enriquecer su juego añadiendo unas pocas piezas más que podrían necesitar para intensificar su juego. Si la educadora se da cuenta que uno u otro niño ha dejado de jugar y no está cansado, se le facilitarán objetos con los que desee jugar. Aproximadamente al año, el niño ya conoce un buen número de objetos por su nombre así que ella le puede decir dónde está su juguete favorito o simplemente colocárselo cerca.

Requiere una cuidadosa observación adivinar cuál y cuántos juguetes necesita un grupo concreto de niños, para que cada uno tenga una oferta variada, adecuada y ajustada a sus intereses y a su estado de desarrollo. Tiene que haber suficiente cantidad de un mismo objeto por si varios niños quieren jugar, a la vez, con ese concreto. Contrariamente, un exceso de objetos de juego sólo interferirá en su proceso. La educadora no tiene que tener nunca miedo de que un niño se aburra de sus juguetes ni de preocuparse por ofrecerle continuamente nuevos. Por el contrario, si sus juguetes cambian muy a menudo, su juego puede volverse rápidamente superficial.



Istvan, 9 meses.

Al tiempo de añadir alguna nueva pieza a la selección de juguetes, es importante retirar aquellos que ya han superado y con los que han dejado de jugar. El interés del niño es el que gobierna la razón de añadir o de retirar juguetes. Cuando la educadora aparta piezas que definitivamente no interesan, debe añadir nuevas.



Angela, 10 meses.



Angela, 10 meses.

18

Notas sobre el área de juego y su diseño

El área de juego es uno de los componentes esenciales para el desarrollo del juego libre⁴

El niño que todavía juega tendido boca arriba, sobre su espalda, de costado o boca abajo, necesita alrededor barandas para estar protegido de otros niños mayores del grupo (que están gateando o pueden desplazarse de pie), de ese modo puede centrarse enteramente en la exploración de sus juguetes.

⁴ Generalmente, no ponemos ningún juguete en la cuna. La cuna está ahí para descansar y dormir. El área de juego ofrece más espacio para moverse y jugar. A aquellos niños a los que les gusta dormir con algún objeto les damos un trozo de tela o algo blando. Por supuesto, un niño enfermo necesita tener unos pocos juguetes con él, mientras se recupera; así que le damos de sus preferidos los más adecuados a ese espacio. Una vez que se adormece, o se duerme, quitamos todo lo que le pueda molestar.

También proporcionamos un área con baranda a los niños en edad de arrastrarse y gatear para permitirles que se concentren en su propio juego sin ser atropellados o molestados por esos niños del grupo, si hay alguno, que tienen ya un año y medio o dos y ya caminan.

Si el baño o zona de comida están separados de la zona de juego por una baranda, la educadora puede dedicar mejor su atención al niño en particular al que está dando de comer o cambiando el pañal (aunque al mismo tiempo esté pendiente de los otros), pero sin que los demás soliciten su ayuda. Ellos, por otro lado, se sienten seguros porque pueden verla todo el tiempo.

Si el espacio de juego es para varios niños juntos, consideramos que cada uno necesita, como mínimo, un metro cuadrado de sala, aunque en realidad, disponen de otros espacios más para moverse.

La zona de juego no es adecuada para niños lo suficientemente avanzados para explorar su entorno volteando o gateando, especialmente si deben convivir varios niños. Si es así, entonces la mejor solución es dejarlos fuera del área de juego. De este modo, tienen más espacio y pueden expandir su juego hacia debajo de las cunas.

El suelo de la zona de juego consiste en una tarima elevada de madera, cuya consistencia es vital para el desarrollo de la movilidad independiente del niño. Una superficie de juego rígida enseña al niño, de una manera inmediata e inequívoca, lecciones sobre las leyes de la gravedad mientras está tumbado y se mueve aún muy cerca del suelo. ¡Hasta aquí y no más abajo! Esta claridad le obliga, desde una edad temprana, a moverse o a caer con cuidado y lo hace desde el principio con suficiente prudencia para no precipitarse al caer. La resistencia de un suelo duro impulsa la verticalidad, apoya sus esfuerzos repetidos por mantenerse en la posición correcta y reclama a su cuerpo la tonicidad necesaria. Desde nuestro punto de vista, un suelo de espuma es inadecuado para el área de juego. El niño se hunde en él, se le hacen más difíciles los desplazamientos con un poco de distancia y le da una impresión falsa del mundo real.



Ilona, 8 ½ meses y Roni 7 meses

19



Ilona, 8 ½ meses y Roni 7 meses

20

Una base blanda ayuda poco a desarrollar sus habilidades de exploración con los juguetes: los objetos se comportan totalmente diferente sobre este tipo de superficies que sobre una superficie dura. Cuando el niño golpea sobre espuma, esta altera o amortigua el sonido resultante.

Los objetos de metal pierden su reverberación y suenan casi igual que los de plástico o los de madera. Los objetos redondos ruedan torpemente y algunos se paran en la primera depresión del suelo, la cual inevitablemente se forma con el peso de los tres o cuatro niños que se mueven y que están juntos en el mismo espacio de juego.

También es más difícil para algún juguete mantenerse en posición vertical sobre la espuma y, una vez conseguido, solo falta que otro niño se mueva o golpee sobre el suelo para que se vuelva a caer. Incluso si no usamos espuma, a menudo, se cae en la tentación de recubrir el suelo del área de juego con una alfombra gorda por miedo a que el niño se enfríe si no tiene un buen aislamiento. Este sistema no dificulta tanto como la espuma pero es difícil mantenerlo sin pliegues, éstos dificultan los movimientos del niño y, debido a su textura y amortiguación, se ve obligado a tener que aplicar más energía para hacer lo que quiere. Los objetos sobre una alfombra se comportan muy parecido a sobre la espuma. Esta cobertura también amortigua los sonidos y los juguetes también se caen más fácilmente.

Si hay un riesgo real de que los niños se resfríen sobre el suelo, les abrigamos mejor con monos calentitos y una chaqueta de punto protege al niño del frío sin estorbar su libertad de movimientos.

En Lóczy cubrimos a veces el suelo del área de juego, que está hecha de láminas, con una sábana fina de algodón, atada por los lados para estar bien tirante.



Erzsís, 9 meses

21



22

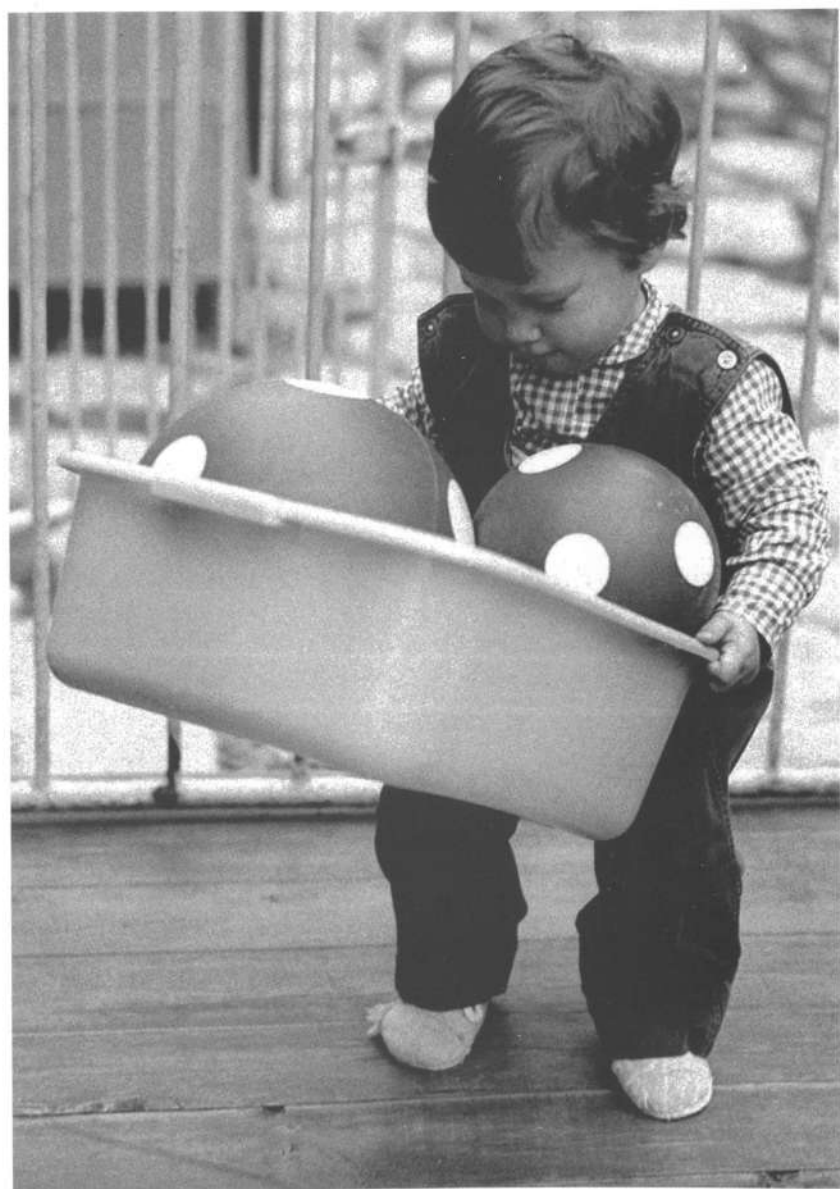
COLECCIONANDO

Coleccionar, forma parte del repertorio de juego del niño durante un tiempo largo. Desde el principio, el comportamiento recolector del niño tiene unas cuantas variantes que podemos agrupar en dos características: “principiante” y “experto”, según el niño seleccione muchas, pocas o distintas piezas, o distintas para coleccionar. Ya sean juguetes, objetos cotidianos o materiales naturales, elige esos que piensa que son importantes y los agrupa en un lugar particular o dentro de un contenedor.

Desarrollo del coleccionar

A la edad de aproximadamente un año, cuando el niño comienza a manipular muchos objetos, también comienza a coleccionarlos. Cuando el bebé se mantiene ocupado con las cosas de su alrededor, con muchas formas diferentes, se da cuenta de que algunas de esas cosas son idénticas. Ocasionalmente, aunque solo de forma esporádica al principio, pone juntos unas pocas bolas de mimbre o flaneros juntos. Entonces, aunque la selección hubiera sido totalmente fortuita, él sigue con este juego de la manera habitual. Pronto, sin embargo, empieza a buscar objetos de la misma forma deliberadamente; nota que algunos de los juguetes del suelo son idénticos a esos que ya ha puesto en el cesto, y los va a buscar. Una vez que tiene tres o cuatro juntos, añade un objeto diferente o va a buscar algo nuevo, como si se hubiera olvidado del criterio de selección.

En este momento evolutivo, normalmente, agrupa cosas idénticas, como anillas o pelotas o piezas sueltas de un juego de construcción, sin tener en cuenta las diferencias de color o tamaño de cada uno de los elementos individuales. Para poder encontrar otro juguete similar, éste tiene que aparecer en su campo de visión.



Zsuzsa, 15 meses

Sin embargo, si encuentra un objeto completamente diferente, se distrae del juguete elegido o de la actividad en la que estuviera inmerso.

Con un año y medio el niño agrupa, más a menudo y de forma más explícita, objetos del mismo tipo. Reconoce piezas cuyas propiedades ya le son familiares sin tener que examinar cada una en profundidad. En unos instantes, las pone dentro de un contenedor vacío. Incluso si su atención se distrae momentáneamente con otro juguete o acontecimiento, a menudo vuelve a su actividad de agrupar, lo que indica que no solo recuerda ciertos objetos y acciones, sino que a demás, en algunos casos, la intención de la actividad ha quedado retenida en su memoria.

Cuando el niño agrupa varios elementos y los pone aquí o allí, también descubre que las piezas de juego de construcción pueden organizarse de diferentes maneras. Las ordena en grupos más pequeños, a veces por la forma, a veces por el color. Algunas veces considera dos aspectos simultáneamente al hacer su selección, por ejemplo, forma y color.

Al principio, un niño en el origen del proceso de coleccionar está interesado en escoger y comparar cosas y, por lo tanto, está menos concentrado o preocupado en el resultado del número de objetos recogidos. Con el tiempo, sin embargo, el resultado sí que le preocupa y se centra en intentar recoger un gran número de objetos. Continúa buscando cosas nuevas, llena un cubo o una cesta hasta el borde y quiere añadir más incluso si no cabe nada más. Podemos observar cómo intenta incorporar a su colección cada elemento de un tipo determinado que haya podido encontrar, dispuesto a buscar hasta que lo consigue, por ejemplo, todas las tazas o telas de colores, como si fuera importante que la colección estuviera completa. Más tarde, el niño intenta mantener todos los elementos recogidos y los guarda. No perderá de vista un cubo lleno de piezas cuadradas o un montón de telas de colores, incluso si ya no está jugando con ellos. Protesta en el instante que otro niño quiere quitarle algo, incluso si un compañero de juego quisiera añadir algo. A menudo intenta guardar en lugar seguro lo que ha recogido, ya sea poniendo las cosas en su cama o confiándoselas a la cuidadora. Cuando uno de los niños del grupo ha coleccionado ciertos objetos, como por ejemplo, todas las escobas o palas de arena, y la educadora le pide que les dé alguno a los otros niños, puede suceder que lo abandone todo.

Después del segundo año, coleccionar, se convierte cada vez menos en un juego en sí mismo. El niño y la niña escogen y recogen objetos que utilizarán más tarde, bien para hacer construcciones o bien para el juego simbólico. Con dos o tres años, todavía observamos que simplemente coleccionan, sobre todo con nuevos juguetes como las cuentas de los collares o bloques de construcción.

El significado de coleccionar

En este proceso de recoger, el niño descubre buscando y eligiendo entre varios objetos que hay diferencias entre ellos y nota sus particularidades. Cuando compara cosas, nota sus propiedades compartidas y propiedades dispares; cuando los pone juntos, tiene cuidado de agruparlos de acuerdo a una característica común. Examinar, comparar, abstraer ciertas propiedades y descartar otras agrupándolas por características, todos son procesos intelectuales repetidamente evidenciados por niños y niñas interesados en coleccionar, y donde percepción y acción permanecen estrechamente unidas.

Coleccionando se obtienen resultados. Por ejemplo, un cesto lleno de telas de colores o piezas de construcción que ha recogido de todos los rincones de la habitación, le da una visión que lo llena de satisfacción y placer. “¡Yo he hecho esto!” Por lo tanto, este tipo de juego, junto con otros, le permite reconocer la experiencia de actuar y conseguir algo por sí mismo.

El niño y la niña que intentan mantener o poseer los objetos recogidos experimentan el concepto de “mío”, “vuestro” y “nuestro” y aprende los comportamientos relacionados con esos conceptos.

Incluso cuando el coleccionar por coleccionar pierde importancia, sobrevive aún en el niño como un deseo y más tarde como una necesidad de conservar algo. Esta necesidad se manifiesta en los paseos, cuando busca ramitas y piedras, y se muestra encantado cuando puede guardar estos preciados objetos en una caja o cajón.

Materiales de juego apropiados para coleccionar

Todo aquello que abunda se presta a ser coleccionado. Aparte de los juguetes, el niño también se siente seducido por objetos domésticos corrientes y por otros tantos objetos presentes en la naturaleza; esto nos recuerda las colecciones de castañas o piñas junto con cajas y botes que los niños más mayores comparten con reparo. Incluso los niños y niñas más pequeños necesitan recipientes bien grandes para guardar los objetos de su colección. En general, los niños mayores pueden usar, entre otros objetos, cajas de zapatos, bolsas de papel o de tela. Las bolsas de plástico son totalmente inadecuadas porque presentan riesgo de asfixia. Si se tiene una gran variedad de tamaños y de recipientes el niño no solo puede elegir lo que quiere para poner sus juguetes, sino que también descubre que un bol grande no se llena cuando se vacía en él el contenido de uno más pequeño y viceversa; que el exceso se caerá porque las cosas de un cesto grande pueden llenar varios más pequeños.

Cuando podamos anticipar que un niño, alrededor de un año y medio, realmente puede empezar a coleccionar juguetes con gusto, es bueno que pueda disponer de objetos adecuados a mano. Una caja grande de bloques de construcción de madera servirá al propósito, aunque puede ser peligroso si se usa sin supervisión. En la mayoría de los niños y niñas, construir comienza ya con la colección y el amontonar bloques, maderas y otros elementos mayores o más pequeños. Por lo tanto, este tipo de caja debiera estar entre sus objetos de juego.

Algunas reflexiones sobre la resolución de conflictos

Incluso cuando los niños tienen suficientes juguetes para satisfacer su interés, a veces ocurre que durante el juego (y especialmente durante la fase de coleccionar) unos quitan los juguetes a otros. Habitualmente, uno de los niños encuentra otro objeto para reemplazar el que le han quitado y se queda satisfecho. Sin embargo, puede ocurrir que esté tan apegado a ese objeto en particular que se enoje si se lo quitan, o, contrariamente, que al desaparecerle experimente su incapacidad de obtenerlo y su debilidad.

Otras veces, un juguete concreto es tan poco importante que está dispuesto a cederlo a un compañero de juego. Sin embargo, frecuentemente sucede que los niños y niñas no se ponen de acuerdo y se pelean.

Estas situaciones no son fáciles para la educadora. Mientras ella tiene que expresar claramente la regla que un juguete de la sala pertenece al niño o niña que está jugando con él en ese momento, y, por lo tanto que le gustaría que el niño que se lo quitó al otro se lo devolviera, también debe hacer sentir a ese niño que lo entiende. No es nada fácil para un niño renunciar a algo que quiere y mucho menos perder algo que posee. La educadora puede expresar esto, o bien diciendo al niño o niña dónde encontrar uno objeto igual o asegurándole que le ayudará a encontrarlo tan pronto como pueda. Si la seguridad verbal no funciona y ella tiene un momento para ir adonde el niño, le puede mostrar dónde está o alcanzárselo.

Sin embargo, también puede suceder que nada funcione, ningún niño ceda y uno o ambos acaben llorando. En este caso, el niño al que se le ha arrebatado algo no es el único que necesita consuelo y comprensión, el otro también, pues, todos sus esfuerzos por obtener el objeto que buscaba, han fallado. Hay que decirle que por mucho que desee jugar con él, no puede quitárselo a su compañero. La educadora también puede decidir no quitárselo. La regla es que nadie está autorizado a usar la fuerza para obtener lo que quiera.

Por supuesto, no necesita decir esto literalmente, pero si su conducta y palabras son coherentes y expresan esta regla, puede estar segura de que el niño, a menudo de mala gana o sin estar convencido, será capaz, al final, de seguir esta regla.

Lo que acabamos de decir esencialmente se aplica también a los conflictos sobre los objetos coleccionados. Este aspecto debe ser enfatizado por separado porque muchos adultos consideran que el enfado del niño está justificado si se trata de un objeto concreto que le han quitado, pero no aprueban esta defensa de un solo objeto que ha agrupado. En el primer caso, el adulto protege al niño y le ayuda a conservar el juguete; en el segundo, él intenta razonar con el niño para que comparta sus cosas con los otros sin entender que ambos casos son igual de difíciles para un niño.

Cuando dos niños pelean, lo que a menudo se oye es: “ahora jugad juntos”; esto tiene una buena intención, pero es ineficaz. Se puede observar

a niños turnarse para poner objetos en el mismo cesto y los dos encuentran placer haciéndolo, pero lo hacen por su deseo, no por la petición del adulto. Por supuesto, un niño puede pedir a un compañero algo que ha coleccionado, o la educadora se lo puede pedir por él. También ésta puede sugerir que negocien entre ellos o que encuentren una solución aceptable para ambos. Pero si el niño preocupado por sus juguetes no quiere dejar ninguno, deberíamos respetarlo, mientras ayudamos al otro niño a entender y aceptar la situación. Si el número de objetos necesarios para coleccionar se ha calculado bien, puede que la situación se pueda resolver amigablemente añadiendo unos pocos objetos iguales a los ya existentes.

Es más difícil encontrar una solución adecuada a todos los niños si uno de ellos no solo está coleccionando un montón de objetos sino también insiste en tener todos los cubos disponibles o rastrillos. Aquí es inútil proporcionar más del mismo juguete; la situación es más complicada. ¿Qué podemos hacer en un caso como éste? Si otro niño quiere usar uno de los cestos de una colección para poner algo en él, le podemos dar en su lugar un bol. Si lo aceptan las cosas funcionan para ambos niños.

La situación es diferente si los niños pelean por un juguete del que solo hay uno para cada niño del grupo y el niño o niña ocupada en coleccionarlos está haciendo todo lo que puede para evitar que los otros los cojan. En ese caso, tenemos que hacer entender a ese niño o niña que sí puede jugar con todos los cubos, rastrillos y muñecos grandes, pero solo cuando ningún otro niño los necesita en ese momento. No es fácil que el niño renuncie a algún objeto coleccionado. Pero si nos dirigimos a él, hablando con calma y seriamente, y le dejamos que elija cuándo y qué está dispuesto a ceder, esperando hasta que lo decida, podemos estar seguros de que estará listo para hacerlo más tarde, alrededor de los 3 años, sin ni siquiera tener que decírselo.

La experiencia muestra que los grupos de niños y niñas que pueden tener sus propios juguetes, los cuales pueden dejar o disponer de ellos cuando quieran, tienen más tendencia a aceptar que no pueden tratar con la misma libertad los juguetes comunes como lo hacen con los propios.



Katalin, 22 meses y Zsolt, 23 meses

OBSERVACIÓN DEL JUEGO DE UN NIÑO

Livia, de 18 meses, coge uno de los dos cubiletes, uno pequeño verde y uno rojo, el doble de grande. Fácilmente inserta el verde en el rojo y de nuevo lo saca, vuelve a colocar el verde boca abajo sobre el suelo y lo cubre con el rojo. Luego coge el rojo de nuevo, lo coloca boca abajo sobre el suelo y pone el verde encima. Coge ambos, mete el verde boca abajo en el rojo. Luego, coge ambos y los pone uno al lado del otro.

Livia descansa un poco, tumbada boca arriba sobre la espalda, observando alrededor. Luego se sienta, coge ambos cubiletes, los tira uno detrás del otro a través de los barrotes, luego los recupera. Coloca el verde bajo el rojo, se acerca agachada y mientras lo levanta observa hasta que el verde queda al descubierto. Después lo vuelve a cubrir de nuevo con el rojo y repite el proceso con mucho

cuidado, dejando que el cubilete verde aparezca y desaparezca ocho veces. De nuevo, descansa, pero mantiene el verde en su mano. Luego coge el rojo de nuevo, coloca los cubiletes uno encima del otro; luego uno dentro del otro, entonces los agita, provocando que el pequeño caiga. A continuación busca un cubilete más pequeño aún, encaja los tres uno dentro del otro y los agita hasta que los dos pequeños caen. Repite este proceso varias veces. El juego de Livia duró 5 minutos. Todo el tiempo, su placer e interés fueron evidentes por la expresión de su cara.



Péter, 10 meses

INICIANDO LA CONSTRUCCIÓN. OBJETOS ADECUADOS PARA EL JUEGO

Alrededor del año, un niño comienza a manipular distintos objetos a la vez de tal manera que anticipa que la construcción está a punto de manifestarse. Este tipo de actividades, poner un objeto sobre otro, apilar cosas, organizar los objetos en filas o en grupos o encajarlos uno dentro del otro, constituyen características de la construcción, una vez que el niño o niña comienza ya este tipo de práctica.

“*Poniendo cosas una encima de otra*”⁵ Más tarde o más temprano el niño descubre que cuando suelta un objeto sobre otro, simplemente se mantiene encima. El niño varía este proceso (simple, sólo en apariencia) para investigar qué cosas pueden servir de apoyo a otras. Así, varios objetos, pequeños o anchos, permanecen de manera bastante fácil, sobre una caja con una superficie plana y lisa. La situación se complica cuando un niño intenta colocar los mismos objetos encima de un cojín. Su superficie blanda e irregular dificulta claramente la consecución de sus objetivos. En la misma línea, requerirá mucha más destreza para colocar en equilibrio objetos en lo alto del protector de un radiador, por ejemplo. La misma tarea cambia dependiendo de la forma, del tamaño y del peso del juguete que el niño haya decidido “colocar encima de” alguna cosa. Lo más difícil es decidir y conseguir establecer el equilibrio en un objeto redondo sobre cualquier superficie, pero especialmente si se realiza sobre una base elevada, lisa y plana.

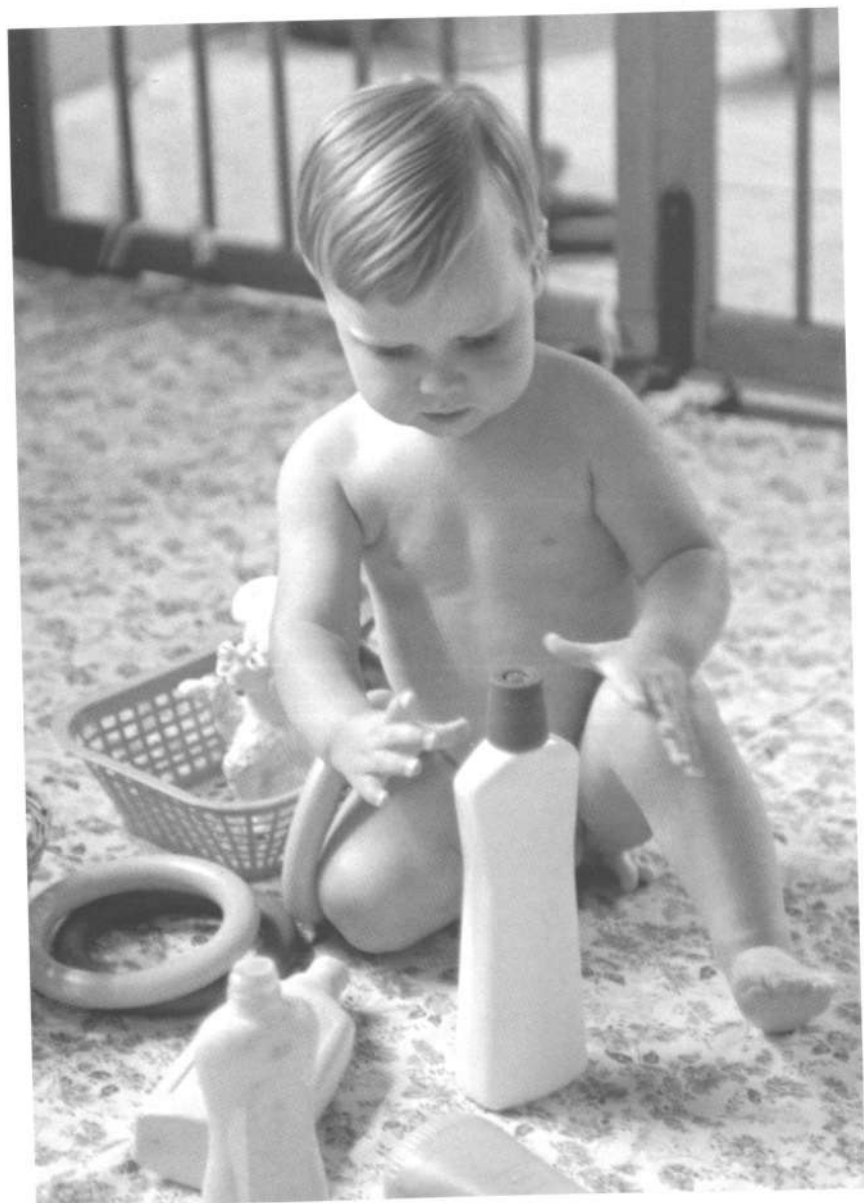
Los niños son ingeniosos ensayando sus diferentes posibilidades: ver qué movimiento necesita para extender una tela o colocar un cubilete *en la cima* de una baranda del área de juego o en qué punto justo del borde de la tapa de una caja deben colocar una pelota, de tal manera que no rueda.

Aprenden a tener su propio repertorio de destrezas a base de infinitas pruebas de ensayo sobre cómo colocar una cosa sobre otra.

⁵ La palabra húngara “rátenni” significa *colocar encima*, no sólo poner, dejar o colocar, sino poner, dejar o colocar sobre otro objeto.



Andrea, 10 meses



Tibi, 16 meses

El juego que acabamos de describir también implica retirar un objeto, que no es tampoco un asunto sencillo para los niños y niñas. Practican innumerables posibilidades; por ejemplo, cómo retirar una botella de plástico que está colocada sobre un bol que está boca abajo: desde levantarla con cuidado a golpearla, o darle un manotazo.

De la misma forma es atractivo para un niño reponer, recolocar cosas con otros sobre una superficie de mimbre, por ejemplo; un proceso que le ofrece un cambio constante de percepción, dependiendo de si coloca una tela, una pelota o colador. Las superficies que los niños y niñas utilizan como base de apoyo para este juego, como cajas o boles boca abajo, cubos o estanterías, son juguetes y objetos caseros, esenciales para la vida cotidiana.

Sostenerlo derecho repetidamente o hacer que se sostenga en vertical

En torno al año, un niño que encuentra bolos, botellas de plástico, cubiletes, botes o bobinas de hilo entre sus juguetes, con el tiempo, descubre que los objetos altos y delgados pueden mantenerse en la vertical. Tras repetidos intentos aprende cómo los tiene que coger y colocar para que permanezcan de pie sobre su propia base, relativamente estrecha. El éxito en estos intentos depende de varias cosas ya que está influido por la forma y tamaño, material y peso del objeto, pero también, tiene que ver con la posición y la postura del niño.

A medida que el niño coloca frecuentemente los objetos para que se mantengan de pie, también disfruta buscando repetidamente la verticalidad en otros juegos. Tumba un bote que está de pie —o lo tira desde algún lugar— y observa qué sucede: ¿rueda?, ¿hace ruido?, ¿dónde se para y cómo? Entonces, vuelve a empezar de nuevo.

Al principio es suficiente tener unos pocos de estos objetos. Si en el grupo unos cuantos niños quieren jugar de este modo, se necesitarán varios ejemplares de cada tipo de juguete.

Ordenando cosas en series y en grupos

Juegos diferentes atraen a niños diferentes, pero de edad parecida. Una y otra vez observamos cómo el niño organiza las cosas en series o grupos. Al principio, de manera no intencionada, sitúa dos o tres objetos uno al lado del otro, después va añadiendo otros más hasta que emerge un orden entre ellos. Este orden es debido cada vez menos al azar. Pone los objetos juntos o uno cerca del otro. Le gusta organizar las cosas según sean similares o disimilares, especialmente si son de distintos colores.

Para poder jugar a este juego sin ser molestado, los niños o niñas necesitan bastante espacio y una gran cantidad y variedad de objetos. Si la educadora, de tanto en tanto, elimina del espacio de juego objetos por los que los niños han dejado de mostrar interés y, sin molestar, los ubica en lugar original, esto no significa que esté intentando enseñar a los niños lo que ella espera que hagan o no hagan. Nosotros les dejamos elegir con qué quieren jugar, si quieren poner objetos en boles, colocarlos de pie repetidamente o utilizarlos para un juego simbólico.

Encajando objetos dentro o sobre de otros

Utilizando recipientes cónicos, cubos de arena u otras formas huecas del mismo tamaño, el niño descubre otra forma de manipular distintos objetos a la vez. Encajando un objeto dentro de otro o colocándolo sobre otro, el niño aprende a construir torres. Cada uno de estos objetos está abierto y hueco por el extremo de arriba o de abajo. Si son de colores distintos, los puede juntar de maneras muy variadas. Un mismo cubilete puede aparecer el primero o el último en las series o, a veces, en algún lugar del medio. Si los cubiletes están tumbados de costado sobre el suelo, el niño a veces los encaja lateralmente formando una hilera, uno dentro del otro.

En general, son necesarios bastantes intentos antes de que consiga encajar recipientes de distintas formas y tamaños. En el proceso, el niño aprende principios básicos sobre la forma y volumen de estos objetos, y sobre sus similitudes y diferencias. Cuando aprende qué cosas encajan y cuáles no, aprenderá a discernir a simple vista qué artículos le servirán para su propósito.



Gyöngyi, 9 meses y medio

El niño encaja y añade más y más elementos juntos. Como se ha mencionado, desde el principio, visiblemente disfruta de esta acción y de sí mismo y por eso va repitiendo todos estos movimientos.

Encaja unos cuantos elementos juntos, luego los separa y los vuelve a encajar de otra manera. Pero, después de un cierto tiempo, a medida que empieza a estar más pendiente de los resultados de su acción, ya no desmonta inmediatamente su trabajo, sino que, en su lugar, se complace primero en admirarlo durante un rato.

Generalmente a esta edad, los niños y niñas no esperan conservar su “trabajo”, ni habría suficientes juguetes para permitir esto. Una vez que el niño se implica en otra cosa, a menudo pierde la cuenta de cuántos cubiletes había encajado, haciendo así posible que otro niño los pueda usar. A menudo, el niño pasa voluntariamente los cubiletes o sus cubos encajados a otro compañero de juego. Porque los juguetes usados en este tipo de juego están constantemente “desapareciendo” uno dentro de otro, incluso si hay cantidad suficiente, es importante que la educadora *re-separe* de nuevo los objetos que no se están utilizando. También es importante valorar cómo la educadora

interviene si un niño, muy implicado en su juego, comienza a coger tanto espacio que el otro se siente invadido. Donde hay un cesto con cubiletes a disposición de cada niño y uno de ellos quiere jugar además de con los “suyos” con otros objetos, la educadora puede decirle que puede jugar con la “propiedad” de otro compañero una vez que este último haya comenzado otra actividad. Todavía mejor, puede indicar al niño “disruptivo” juguetes similares que no se están usando en el momento.

Habría que hacer mención especial de la habitual sucesión de cubos, cubiletes o boles, en la cual cada elemento es mayor o más pequeño que el siguiente. A los niños también les gusta jugar con éstos. Los niños ponen un elemento dentro de otro, o encima de otro, o encajan unos cuantos uno dentro de otro. Sin embargo a esta edad, y durante algún tiempo todavía, no serán capaces de encajar todos los elementos juntos en función de su tamaño; para los menores de tres años es una tarea mucho más difícil que encajar elementos cónicos del mismo tamaño.

Por supuesto, contemplamos los modos iniciales del juego espontáneo en las diferentes modalidades de construcción. Éstas consisten, por ejemplo, en poner un objeto sobre otro, probar repetidamente cómo mantener un objeto vertical de pie, organizar objetos en grupos o series, y encajar los objetos dentro de otros o sobre otros. Esto sucede, solo si el niño tiene a su alcance los objetos necesarios. Los niños difieren enormemente entre qué modalidad de juego empiezan antes y en el orden de las acciones; así como también varía mucho la acción preferida que, sin duda, será la que repiten con más placer.

Este tipo de actividad de construcción es característico de los niños y niñas hasta aproximadamente los tres años. Sin embargo, incluso los más mayores y más maduros, de tanto en tanto, retoman de manera habitual este tipo de juego o lo incorporan en un juego más avanzado. Por ejemplo, pueden agrupar bolos en una hilera y luego anunciar: “Esto es una barrera”.

La educadora que está atenta a las distintas expresiones de la necesidad que surgen en relación al juego y lo observa con cuidado y anima a su desarrollo, sabrá cuándo es el momento preciso para proveer el espacio de juego de los niños, con aquello que el juego de construcción necesita.

“Recientemente ha habido grandes disertaciones sobre el hecho que dejar a un niño jugar “demasiado” a su aire podría perjudicar su desarrollo. Nosotros tenemos el punto de vista opuesto. El juego libre, independiente sin ayuda o incitación de quien lo cuida (que en el ámbito familiar significa sin la presencia de los padres) es fundamental para el desarrollo. Nos gusta llamarlo “la universidad del bebé y del niño”. Por supuesto, esto solo funciona si se proporcionan continuamente los elementos conductores externos y si el niño está activo y ocupado incluso sin la presencia del adulto. Pero esto solo es posible para el niño que tenga una buena relación con la educadora y se sienta seguro jugando incluso cuando el adulto está fuera de su vista. Cuesta un esfuerzo considerable proveer al niño de la libertad y la quietud que requiere este tipo de juego dentro de un grupo de niños. ¡Pensamos que el esfuerzo merece la pena!”.

De: Pikler, Emmi (1988):

Last mir Zeit, Richard Pflaum Verlag, Monaco

Traducción: “*Dame tiempo*”

NOTAS DE LA EDITORAS

Notas sobre las edades mencionadas en el texto

Las frecuentes y considerables discrepancias de edad de adquisición en el desarrollo de los grandes movimientos, entre los niños a los que Emmi Pikler observó, no aparecen en el mismo nivel en el desarrollo de las habilidades motoras finas. Parece que podemos predecir mejor la edad de un niño, más por cómo juega que por qué posiciones asume o cómo se mueve y se desplaza.⁶

Comentarios sobre el área de juego en la familia

En el ambiente familiar, el acostumbrado corralito que mide 1,2 x 1.2 m. debería ser usado solo hasta que el niño empieza a voltear sobre sí mismo o reptar boca abajo. Después de esto, el niño necesita más espacio, si no, no tiene espacio ni impulso para desplazarse ya que tiene todos sus juguetes a mano.

Para que un niño juegue sin ser molestado, todavía es útil seccionar una parte del espacio del área de juego (si es posible 2 x 2 o 2 x 3 m.) para resguardarlo de otros hermanos que pudieran querer jugar con él como si fuera una muñeca. Del mismo modo que seccionar el área de juego protege a los niños mayores de la interferencia del bebé, en sus apreciados proyectos de construcción o de otro tipo. Así, el área de juego ofrece seguridad también a los hermanos mayores que son capaces de trepar para entrar y salir mientras el más joven reptar y juega por fuera. Incluso más aún, un área de juego de dimensiones adecuadas, no sólo permite más libertad de movimientos, sino también posibilita una protección tanto física como psíquica; es decir, un universo donde fácilmente se puede sentir como en casa.⁷

⁶ Anna Tardos y Myriam David mencionan esto en su artículo: "Sobre la importancia de la actividad libre en el proceso de individuación del niño" (aparecido en la revista francesa *Devenir*, vol.3, 1991, n° 4).

⁷ En el capítulo "Transición del bebé a gateador" del libro "Peacefull Babies-Contented Mothers", Emmi Pikler ofrece una discusión extensiva sobre la importancia de un espacio claramente definido para la socialización del niño, eliminando, por ejemplo, la necesidad de prohibiciones: los "no-no".

El suelo de madera del área de juego o de la habitación de los niños coincide con la máxima de Emmi Pikler sobre cómo tratar con bebés hasta que gatean: la protección contra los peligros más grandes permite el descubrimiento independiente de los peligros menores. En lo que concierne a prerequisites sobre movilidad, una vez Emmi Pikler dijo: “Nosotros también preferimos bailar sobre suelos de parquet a bailar sobre colchones”. Para los bebés más pequeños, pensamos que el suelo de madera del área de juego, es mejor si está cubierto con una sábana de algodón que pueda cambiarse. Esto les evita resbalar con los patucos sobre el suelo liso cuando se apoyan en ellos con esfuerzo para moverse y avanzar. También, en verano, con la transpiración y al estar con poca ropa, se mueven más fácilmente sobre la tela. Por otro lado, es bueno para el niño que se familiarice con la consistencia y calidez del suelo de madera antes que empiece a gatear. Con la tela, es fácil mantener el suelo limpio.

Si ponemos al niño en el área de juego una vez que coge su primer objeto, es decir, sobre los tres o cuatro meses y, más tarde cuando empieza a gatear, tiene a su disposición una parte de la habitación para él, el área se expande a medida que va ampliando sus repertorio de habilidades motrices. Las vallas llegan a ser, desde el principio, un paisaje familiar para él. Equiparar la valla con confinamiento no tiene sentido para el niño: esto es solo un tema de adultos. Contrariamente, mantenerlo en una cuna o hamaquitas (incluso si de ese modo el niño puede permanecer cerca de su madre y puede ver lo que ella hace) esto sí que es una prisión de verdad (y no sólo porque restringimos su movilidad). El bebé no puede recuperar sus juguetes por sí mismo cuando los deja caer, la hamaca impide su juego independiente y le fuerza a confiar en los adultos.

Si, por ejemplo, colocamos un niño que todavía no se girar ni voltea, en un espacio ilimitado puede ser desconcertante y abrumador para él. Ciertamente, no se sentirá tan seguro y cómodo como nosotros en casa, dentro de “nuestras cuatro paredes” que, ciertamente, preferiremos a tener que estar en el vestíbulo de una estación de tren. El adulto en un restaurante o café también está más cómodo escogiendo sentarse en un rincón retirado que no si es colocado en una mesa justo en medio de la sala.



Borbála, 13 meses, Katalin 13 meses

Emmi Pikler puntualizó, en una ocasión, que los niños se mueven y juegan menos en espacios ilimitados que en los claramente definidos.

Un simple canal de agua colocado en el exterior, en la parte de fuera del parque, les permite aprender con el agua, en completa seguridad sin la presencia cercana del adulto.

Una palabra sobre cómo recoger los juguetes

Recoger juguetes es un tema que también puede llevarnos a conflictos entre padres y niños en el ambiente familiar.

Esto no sucedería si la habitación de juego no contiene más juguetes que los que el adulto está dispuesto a recoger y colocar a menudo, diariamente. Una vez que el niño entiende eso, pueden evitarse un número excesivos de juguetes con el esfuerzo conjuntos de ambos. "¿Qué juguetes son importantes para ti ahora y cuáles podemos ordenar durante un rato?", sería la pregunta que respeta la propia iniciativa del niño. También es útil tener algunos juguetes solo para invierno o para el verano, para domingo o fiestas así como hay otros se guardan para los días en que están enfermos.

No debiéramos responsabilizar prematuramente al niño de recoger sus juguetes. El niño no entiende las obligaciones hasta que alcanza la edad de la educación obligatoria. Si tenemos en cuenta el axioma de Emmi Pikler sobre la socialización "independencia como placer", no como una tarea u obligación, desde el principio, nuestra actitud es totalmente diferente y sobre todo libre de tácticas de presión: "todavía tienes que..." y "hasta que no..., entonces". Si empezamos a recoger, sin requerir nada del niño, y, nos alegramos cuando nos ayuda, él puede experimentar la satisfacción y el placer de reproducir el proceso de ordenar, como una empresa conjunta.

Un niño en el parvulario, al que no se le fuerza a recoger sus juguetes después de cada sesión de juego, estará más dispuesto a hacerlo, más tarde.

Libros en castellano a la venta por la Asociación Pikler-Lóczy de Hungría:

- *Álbum fotográfico e informativo acerca del Instituto Pikler*
- Judit Falk – Anna Tardos: *Movimientos libres, actividades autónomas*. Ediciones Octaedro, Asociación de Maestras Rosa Sensat, 2002.
- Mária Majoros – Anna Tardos: *Comer y dormir*. Ediciones Octaedro, Asociación de Maestras Rosa Sensat, 2002.
- Judit Falk – Mária Majoros: *Las primeras semanas de su bebé*. Ediciones Octaedro, Asociación de Maestras Rosa Sensat, 2002.
- Judit Falk – Anna Tardos: *Lóczy, educación infantil*. Ediciones Octaedro, Asociación de Maestras Rosa Sensat, 2008.
- Emmi Pikler: *Moverse en libertad*. Narcea ediciones, 1985.
- Agnès Szanto-Feder: *Una mirada adulta sobre el niño en acción. El sentido del movimiento en la protoinfancia*. Ediciones Cinco, Argentina, 2011.
- Myriam David – Geneviève Appel: *Lóczy, una insólita atención personal*. Ediciones Octaedro, Asociación de Maestras Rosa Sensat, 2010.
- Anna Tardos: *L'adult i el joc de l'infant. Col·lecció "Temes d'infància", educant de 0 à 6 anys*. Associació de Mestres Rosa Sensat, 2012.

DVDs en castellano a la venta por la Asociación Pikler-Lóczy de Hungría:

- Anna Tardos – Agnès Szanto-Feder: *Moverse en libertad*. DVD 26 min. Asociación Pikler-Lóczy por los Niños Pequeños, Budapest, 1995.
- Éva Kálló – Julianna Vámos: *Iniciativa, comunicación, reciprocidad. El tiempo del lactante (2): el baño y el cuidado. 6–12 meses*. DVD 38 min. Asociación Pikler-Lóczy por los Niños Pequeños, Budapest, 2008.

En preparación:

- Éva Kálló – Eszter Mózes: *Juego, actividad, pensamiento*. DVD

Dirección:

Magyarországi Pikler-Lóczy Társaság, 1025 Budapest, Kulpa u. 5.
Correo electrónico: pikler-tardos@pikler.hu

Éva Kálló

Profesora de lengua y literatura húngaras, pedagoga. Trabaja en el Instituto Pikler desde 1970. Colabora en la enseñanza de las cuidadoras y educadoras, en la preparación de material metodológico, da formación para profesionales extranjeros y toma parte en la realización de películas.

Györgyi Balog

Pedagoga especial. Trabajó durante 30 años en el Instituto Pikler, primero como cuidadora, más tarde como pedagoga. Trabajó como asesora pedagógica en escuelas infantiles e orfanatos. Da formación para educadores 0-3